



Cristina Peri Rossi y Julio Cortázar en la casa del autor argentino en París en 1976. / EL MUNDO

CONFESIONES CON CARTAS Y POEMAS

PERI ROSSI SE CONFIESA AL GRAN CRONOPIO

La escritora hispanouruguaya aborda en un libro su relación con Julio Cortázar

MATÍAS NÉSPOLO / Barcelona
Habrían de pasar tres décadas, la misma diferencia de edad que los unía, para que la musa –acostumbrada a ser creador que se inspira y no objeto de inspiración– respondiera al Gran Cronopio, que se había marchado definitivamente de la escena en febrero de 1984 a causa de una extraña enfermedad, pero sin embargo seguía allí a su lado, eternamente joven.

«Me lo impedía el pudor», confiesa quien inspirara a Julio Cortázar 15 poemas –*Cinco poemas para Cris*, *Otros cinco poemas para Cris* y *Cinco últimos poemas para Cris*– enviados por carta y a quien el argentino pidiera permiso para publicarlos también por carta en julio de 1981 desde Aix-en-Provence. Los poemas aparecerían póstumamente pocos meses después de su fallecimiento reunidos en *Salvo el crepúsculo*. Las referencias eran explícitas, pero por entonces muy pocas sa-

bían que Cris era otro gigante de la literatura latinoamericana disimulado en una muchacha de rostro angelical llamada Cristina Peri Rossi.

«Nunca tuve una buena relación con esos poemas, aunque considero que son los mejores que escribí», dice la premiada narradora y poeta hispanouruguaya, afincada en Barcelona desde 1972. Y no sólo porque a la primera mujer que se alzó con el premio de poesía de la Fundación Loewe le incomode el papel de musa –más bien habituada a echar mano de ellas que a convertirse en una–, sino «porque no

Diálogos, escritos y anécdotas revelan la personalidad del autor de 'Rayuela'

me reconozco, pero comprendo la fantasía del amor imposible que se impone sobre la realidad», concede.

Algo de lo que el lúcido creador de *Rayuela* era plenamente consciente: «*Creo que no te quiero, / que solamente quiero la imposibilidad / tan obvia de querer / como la mano izquierda / enamorada de ese guante / que vive en la derecha*», rezan unos versos. Porque las preferencias sexuales de la joven musa excluían no sólo al bueno de Julio, sino a todos los hombres, y eso ambos lo tenían más que conversado.

Como fuera, eso no sería obstáculo para una profunda amistad, a caballo entre Barcelona y París, ni para el exquisito fruto literario de esa relación, cuya réplica llegaría mucho después, en ausencia del Cronopio, cuando a instancias de Nuria Amat, Peri Rossi se atrevió en 2010 a enunciar «la queja de la musa», bromea en referencia a uno de sus poemas de *Habitación de hotel*, en un logro ensayo autobiográfico o crónica confesional de una impagable amistad. Texto que ahora recupera en *Julio Cortázar y Cris* (Ediciones Cálamo) con el añadido de algunas anécdotas, gloriosos fragmentos de su correspondencia y toda la segunda parte del volumen en que Peri Rossi incorpora ocho textos sobre el argentino escritos desde entonces.

«Mi intención era publicar alguna carta más, pero no tuve la autorización», se lamenta la escritora, pasando de puntillas por el espinoso tema, porque puede

DE 'CRONOPIOS'

Lúdica y poliédrica, reconstruir la personalidad del argentino resulta una aventura tan ardua como fascinante. Puede que la relación que mantuviera con Peri Rossi, por lo intensa y fértil en ambas direcciones, resulte la más reveladora; pero no fue la única gran amistad de autor de 'Rayuela'. Hubo otros 'cronopios' que también estrecharon lazos con él y lo descubren desde su particular perspectiva. El otro Julio es uno de ellos. El pintor y escultor argentino Julio Silva –a quien Cortázar conoció a su llegada a París en 1955 y a quien le dedicara textos memorables como 'Un Julio habla del otro' y con el que trabajara en varios proyectos– ofrece su retrato mucho más gráfico en el libro objeto 'El último combate. Julio Crotázar-Julio Silva' (RM Verlag). La otra fuente reveladora es el voluminoso libro de correspondencia entre 1950 y vísperas de su muerte entre su entrañable amigo el pintor y poeta argentino Eduardo Jonquères: 'Cartas a los Jonquères' (Alfaguara).

que eso responda a la negativa, poco después de la muerte de Cortázar, que ella dio dolida a Saúl Yurkievitch (por entonces su albacea) de sacar a la luz la correspondencia entre ambos. Una cita epistolar del mismo Cortázar parece darle la razón: «Lo que se escribe y se envía privadamente no debe ser publicado con la frescura con que suele hacerlo mucha gente, y por eso te lo pregunto», le decía a propósito de los *Poemas para Cris*. Pero Peri Rossi no quiere entrar en polémicas. «También influye el hecho de que tuvo varios albaceas», zanja.

Lo cierto es que la escritora se lamenta en vano, porque *Julio Cortázar y Cris* ya va sobrado de deliciosas perlas, entre diálogos, situaciones y anécdotas, que revelan la verdadera cara del argentino en la intimidad; en el re-

paso de esa larga amistad iniciada en 1973 a instancias de Julio que escribe a esa desconocida jovenita, cuya premiada primera novela, *El libro de mis primos*, había leído asombrado en París. Asombrado por la similitud con lo que él mismo gestaba entonces, *El libro de Manuel*.

«Lo que no cuento es lo que me dijo su hematólogo en París, que no tenía cáncer sino un virus desconocido», dice Peri Rossi, aunque sí cuenta lo que le dijo el poeta y médico barcelonés Javier Lentini, a cuya consulta llevó a Julio de las pestañas. Algo de lo que sospechó la escritora poco después de su muerte y ya parece incontestable: ese virus era el del sida. Enfermedad contraída años antes (causa de muerte también de su segunda mujer, Carol Dunlop) por una transfusión masiva de sangre contaminada, a raíz de una hemorragia estomacal, en un escándalo sin precedentes por el que dimitiría el ministro de Sanidad francés. Circunstancia que le confirmaría un elíptico y apenado Lentini: «El nombre no tiene importancia, lo único importante es si lo podemos curar. Y no lo hubiésemos podido curar», le dijo.

Pero más interesante aún es la sensibilidad de género del último Julio Cortázar que lo lleva a reconocer errores ante su amiga, como la discriminación entre «lector macho» y «lector hembra» en *Rayuela*. «Cambió mucho en los últimos años con respecto al machismo. Se sentía comprendido por las mujeres e incómodo entre hombres», recuerda Peri Rossi evocando una anécdota exquisita. Juntos compraron en Barcelona una partida de libros que Julio quería donar a la revolución nicaragüense (Constantin Kavafis, Federico García Lorca, Walt Whitman, Manuel Puig, Luis Cernuda... sólo autores homosexuales) como respuesta a un altercado que había tenido con un dirigente homófobo. «Era muy crítico con la homofobia cubana y no quería que la revolución nicaragüense acabara igual».

Esa deformación póstuma del personaje es lo que más irrita a la amiga. «Julio Cortázar no se convirtió a la religión de la revolución, él permaneció completamente lúcido. Esa imagen de ingenuidad política de Julio, como si se hubiera creído la propaganda oficial, es falsa. Él quería influir y corregir el rumbo de la revolución desde dentro», dice Peri Rossi, «como creo que también fue el camino de Gabriel García Márquez, más allá de su admiración por el poder».